



“El ámbito cardenista”

p. 159-170

Álvaro Matute

Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2005

190 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 4)

ISBN 970-32-2780-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/449/aproximaciones.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



El ámbito cardenista

*Transterrados y ciudadanos*¹

Uno de los temas fundamentales de la historia cultural y de la historia social del México contemporáneo es la inmigración de los españoles republicanos a raíz de la Guerra Civil de 1936-1939. Sobre ello se ha dejado correr mucha tinta, aunque poca ha sido utilizada en trabajos de corte académico (o *scholar*) como el emprendido por la investigadora norteamericana Patricia W. Fagen. El tema de la migración ha sido poco estudiado en nuestros medios, acaso como expresión de los restos de una xenofobia al parecer afortunadamente superada. En Estados Unidos, país hecho por inmigrantes, ha habido excelentes manifestaciones historiográficas, siendo tal vez la más destacada *The Uprooted*, de Oscar Handlin. Esta mención es intencional, ya que en ese libro se describe espléndidamente el proceso de desarraigamiento, traslación y adaptación de una gran masa de inmigrantes en Estados Unidos. Cabe pensar, por ende, que al contar con modelos de primera, un libro como *Transterrados y ciudadanos* vendría a recuperar una historia reciente y fundamental. Desafortunadamente no es así.

La lectura del libro de Patricia W. Fagen nos hace recordar un texto de Miguel León-Portilla, “La historia desde dentro y desde fuera”, en el cual se señalan las ventajas y las desventajas del historiador que escribe sobre un país ajeno y las del que escribe sobre el propio. Siempre tiende a ponderarse la objetividad debida al alejamiento que muestran los historiadores de fuera. En un asunto como el de la migración republicana, la situación de un observador norteamericano podría parecer ideal, sobre todo cuando se conoce el apasionamiento propio de los protagonistas de esa historia. Con todo eso se podría esperar un libro frío, excelentemente bien documentado y, en general, de buena factura.

Transterrados y ciudadanos lo es y en ello radican sus alcances y sus limitaciones.

¹ Patricia W. Fagen, *Transterrados y ciudadanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 232 p.



Es frío, pero no llega a la total impersonalidad. Patricia W. Fagen indudablemente está identificada con la causa republicana y siente mucha simpatía por los exiliados-ciudadanos, sin embargo, controla de tal manera su simpatía, que el libro es exclusivamente descriptivo y abundantemente datista. Esto último puede verse como virtud y defecto. Virtud, y grande, porque reúne hechos dispersos tanto en una extensa biblio-hemerografía como en la conversación que pudo sostener con más de cincuenta transterrados y otras personas mexicanas o españolas residentes en Estados Unidos que de alguna manera han sido testigos de esa historia. Es un libro completo al que no se le escapan aspectos que tratar en relación con su objeto de estudio. Por ello, habrá de ser tenido en cuenta por todos los que se interesen en el tema y no sólo en él sino por todos aquellos que quieran asomarse a uno de los aspectos fundamentales de la historia reciente del país.

El siempre citable Huizinga decía que la historia era la ciencia que más se acercaba a la vida. Ciertamente no todo libro de historia debe hacerlo, pero sí está comprometido con el decir del gran maestro holandés un libro que trata de personas; sí está comprometido un libro que tuvo en su factura la participación de muchos testimonios, de muchas vivencias que le son escamoteadas al lector. No se trata de hacer un anecdotario en detrimento de algún precepto sociológico, se trata de revivir una experiencia colectiva, precisamente como lo hizo Handlin en ese libro excepcional que es *The Uprooted*. El tema así lo demandaba.

A diferencia, por ejemplo, de toda historia que implica migración, la de los españoles republicanos tiene la peculiaridad de que no fue un éxodo forzado por la penuria campesina en tierras feudales, como toda la emigración típica de la Europa del norte, del centro y de oriente en el siglo XIX, o como la de los “antiguos residentes” provenientes sobre todo de Asturias, Galicia y Santander, sino que fue una migración de una clase media de intelectuales y profesionistas, principalmente. Esto, que está bien señalado y estudiado por Patricia W. Fagen, sin embargo, no está visto con ojos humanos. Todo está presentado de manera muy general. Faltan muchos matices. Matices que, en lugar de convertirse en la hoy mal vista historia anecdótica, permitirían reforzar cualquier tipo de conclusión general, incluso con aspiraciones de categoría sociológica. Por ejemplo, a diferencia de las migraciones del pobre que llegó como dependiente de mostrador y que a la vuelta del tiempo resultó próspero capitalista, el inmigrante de clase media siguió siendo de clase media al cambiar de país. Ahí es donde hacen falta los matices.

No es, propiamente, que se trate de un libro fallido, es un libro al que tal vez le faltó permanecer en reposo hasta que hubiera una mayor comprensión de detalles aparentemente mínimos, que aumentan su dimensión en un conjunto más amplio. Ésa es la desventaja del observador ajeno a los hechos, el no saber captar los matices que hacen posible recrear un proceso, el ver cómo se va haciendo la historia y no verla como algo hecho en bloque.

Esto tiene que ver, sobre todo, con ese capítulo que, de por sí, sería un libro: el referente a las contribuciones culturales. Para señalar algún caso, el de Buñuel, simplemente se dice que hizo dos películas donde se retrata espléndidamente la realidad social mexicana, *Los olvidados* y *Nazarín*. Ahí, precisamente, era necesario precisar que, para llegar a *Los olvidados*, Buñuel, el Buñuel de *Las Hurdes*, tuvo que filmar *Gran Casino*, *El gran calavera* y *El río y la muerte*, entre otras películas.

Y así como el ejemplo cinematográfico es muestra de la carencia de matices, podría agregarse el del teatro, el muy fallido de las artes plásticas, y enriquecer mucho más y, otra vez, matizar el de la industria editorial. Es importante, en un libro de esta índole, especificar que editoriales como Séneca y Leyenda fueron de los años cuarenta y que Joaquín Mortiz de los sesenta. Y sin tener que vaciar los catálogos de ellas, sí es preciso tipificar el trabajo de cada empresa.

Otra ausencia grave, dentro del mismo tenor, es la recreación del impacto sufrido por el transterrado al entrar en contacto con México. La autora no pudo valorar ese espléndido testimonio que es *Cornucopia de México*. Tal vez el no ser hispanohablante haya sido una limitación seria.

El libro, sin embargo, tiene cosas de mucho valor. La sensibilidad de Patricia Fagen para las cuestiones políticas es mucho mayor que para las culturales y las vitales. En ese sentido, los capítulos iniciales sobre la España republicana, la guerra y las organizaciones políticas de los republicanos en el exilio son aciertos notables y en ello se ve la ventaja del observador ajeno. Asimismo, un tema que presenta de buena manera es el de las actitudes mexicanas ante la migración, en 1939, propias de una xenofobia conservadora muy arraigada.

En suma, con sus aciertos y sus limitaciones, el libro de Patricia W. Fagen es valioso. Si muchas de las cosas que ofrece en su muy rico aparato crítico estuvieran en el piso de arriba, es decir, en el texto, el libro sería más rico. Por lo pronto, abre puertas e invita a proseguir y profundizar en cada uno de los asuntos que trata.



Asunción de la memoria izquierdista²

Si bien no necesitaba hacerlo con tal profusión de páginas, la vida de Víctor Manuel Villaseñor merecía ser contada. Hijo único de una acomodada familia porfiriana, urbano, recibió una educación similar a la de todos los vástagos del antiguo régimen; fue alumno, por ejemplo, del Colegio Franco Inglés, donde estudió toda una generación de mexicanos pudientes. En los años iniciales del régimen de la Revolución, Villaseñor holgó irresponsablemente hasta que sus padres lo enviaron a varias universidades norteamericanas en las que, al principio, se dedicó a la práctica sistemática de varios deportes y, después, particularmente en la de Michigan, tomó la vida en serio y terminó por graduarse en derecho internacional. En esa Universidad, en Ann Arbor, vivió la gran pasión de su vida con una compañera que, según explica, le abrió las puertas de la literatura contemporánea y de las preocupaciones e inquietudes sociales. Regresó a México, a la Universidad Nacional, donde más que identificarse con ella y con su ambiente generacional, lo impresionaron las clases impartidas por Narciso Bassols. Fue compañero de banca de los miembros del primer *establishment* civil mexicano, con Miguel Alemán a la cabeza. Ya con el título de licenciado, regresó a Estados Unidos como miembro de la Comisión de Reclamaciones y asesor de la embajada. En Washington fue testigo de la gran depresión y el advenimiento del *New Deal*, dos momentos fundamentales en su definición ideológica; su conversión al “socialismo científico” data de esos años. De nuevo en México, retomó el contacto con Bassols y lo estableció con Vicente Lombardo Toledano. Participó años después en el nacimiento de la CTM y, muy señaladamente, en la elaboración del segundo Plan Sexenal. En los cuarenta, Villaseñor y Bassols emprendieron la oposición al régimen de Ávila Camacho a través del periódico *Combate* y de la Liga de Acción Política. Entre 1946 y 1949, vivió la fundación y cisma del Partido Popular. Después de un viaje de grandes efectos desintoxicadores, Villaseñor ingresó al sector paraestatal, al frente de la Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril, del Complejo Industrial de Ciudad Sahagún, y de las empresas Siderúrgica Nacional y Diesel Nacional. Su última gestión fue al frente de los Ferrocarriles Nacionales. Este currículum simplificado justifica por sí solo la redacción de unas memorias.

² Víctor Manuel Villaseñor, *Memorias de un hombre de izquierda*, 2 v., México, Editorial Grijalbo, 1976.

Infelizmente, el relato carece de la continuidad necesaria que permita al lector llegar al final de su empresa sin tropiezos. Ciertamente que no existe metodología alguna para la redacción de memorias, puesto que cada quien es libre de relatar su vida de la manera que juzgue conveniente; pero el problema radica en encontrar la fórmula que permita hacer llegar el mensaje a los lectores de la manera más eficaz. En esto Villaseñor erró el camino sobre todo en lo que toca a la estructura. Optó por dividir sus *Memorias* en decenios y subdividir éstos en años, con lo cual establece el marco temporal para los sucesos que relata, pero corta demasiado el hilo conductor o le surgen años en los cuales no sucedieron cosas de mucha importancia y, por consiguiente, los capítulos se le reducen a unas pocas páginas. El propio Villaseñor pone el ejemplo de cómo debiera haber escrito el libro en la parte que dedica al Partido Popular (que reúne tres años): se trata de un todo continuo que se lee de un tirón porque la unidad temática le da fluidez.

Desde el punto de vista estilístico, de no ser por el constante uso de la primera persona, da la impresión, en mucho, de ser un libro escrito en tercera persona. Ésa es, en general, la diferencia entre las memorias escritas por los políticos y las memorias de los hombres de letras. Mientras que en éstos se da de una manera más nítida el proceso vivencial, en aquéllas existe un mayor desdoblamiento del autor con respecto a sus propios actos. En el caso de Villaseñor este hecho se agrava por lo que toca a los primeros años y se repite a lo largo del libro debido al prurito ideológico que domina al autor de dejar sentado que *es* un hombre de izquierda esencial. Por ejemplo, Villaseñor quiso aclarar el “marco” dentro del cual transcurrían sus actos. Así, principia por trazar un panorama histórico general de principios del siglo XX; pasa en seguida a caracterizar el caso mexicano en los mismos años para concluir, después de muchas páginas, en su propia ubicación familiar y de clase, cuando ya había escrito mucho acerca de la etapa del capitalismo correspondiente a las primeras décadas del siglo. Todo este rodeo se antoja francamente más ideológico y anacrónico que realmente materialista-histórico.

Cabe aclarar que sus constantes viajes y su preparación en asuntos internacionales, convirtieron a Villaseñor en un buen analista de las relaciones entre los diversos países. Pero el analista falla, en cambio, al abordar la Revolución Mexicana. Villaseñor hace un relato más basado en lecturas que en recuerdos; la manera en que él, como nieto de quien fuera presidente de la Suprema Corte de Justicia en el régimen porfiriano, sintió los acontecimientos, no aparece sino un poco entre líneas. Es más sincera su actitud al considerar a los generales



revolucionarios como advenedizos. Pero ni aun en esto es consistente: el único personaje que se “salva” es Salvador Alvarado, cuyo recuerdo sobrepasa la estatura humana para llegar al endiosamiento. Por ello el buen libro comienza cuando Villaseñor está en Michigan. Lo anterior son juicios a *posteriori*: datos familiares, recuerdos personales y evocaciones que tienden a minimizarse frente a las opiniones de aparente envergadura. Hacia el final del primer volumen es cuando comienza a darse un mejor equilibrio entre las opiniones y los hechos vividos. El pasado anterior al izquierdismo, es decir, a 1930, sirve de referencia valiosa en un solo sentido: ilustra el caso de un hijo de familia acomodada, desahogada, que deviene en marxista. La historia de la izquierda en el mundo está llena de esos *kropotkines*, ricos retirados de la vida económica y apasionados socialistas. La historia de México en este siglo ya ha conocido a algunos. Así, el poder vivir de rentas y el vender algunos bienes raíces le permitió a Villaseñor lanzarse a la organización de *Combate* y del Partido Popular sin acudir al chambismo propio de casi todas las generaciones de hombres de izquierda (y de intelectuales.) La ineficacia de su empresa en asunto aparte.

Las memorias de Villaseñor en el segundo tomo ofrecen mucho material de interés. Sus precisiones en torno al origen de la CTM, particularmente la elección de Fidel Velázquez como secretario de organización; la participación de los ávilacamachistas Véjar Vázquez y González Gallo en el Plan Sexenal; el largo y sostenido alegato anti-lombardista que es la relación sobre el origen y primera etapa del PP; la experiencia y los escollos sufridos por las empresas paraestatales que dirigió aclaran detalles poco conocidos y sostienen algunos argumentos convincentes. Villaseñor no le da vuelta a hechos comprometedores, nombra directamente a culpables y califica los intereses particulares sin dar rodeos. El libro, pues, ofrece datos de utilidad para entender esa cadena de frustraciones y faccionalismo que es la historia de la izquierda en México.

La múltiples personas que pueblan el relato de la vida de Villaseñor son vistas de manera tajante y con un maniqueísmo algo elemental. Hay buenos y malos. Para colmo, dentro de estas dos categorías, cada bueno y cada malo están colocados en sus respectivos extremos. Por ello, muchos de los juicios caen por su propio peso y sólo vale la pena conservar la caracterización de algunos cuantos personajes sobre todo de aquellos que tuvieron un contacto más bien esporádico con el autor: Porfirio Díaz, Edward L. Doheny o Serguei Einsestein, por ejemplo. Entre los personajes que cuentan con una más amplia referencia está Salvador Alvarado quien, como ya se señaló, aparece

con dimensiones de superhombre. Bassols, en cambio, es personaje central, frecuente y claro del libro. Él y Villaseñor corrieron juntos muchas aventuras políticas, de tal modo que estas páginas resultan indispensables para un conocimiento de la vida de Bassols. También los biógrafos de Lombardo, sobre todo los interesados en su vida entre 1934 y 1949, podrán acudir con provecho a la obra de Villaseñor. La figura de este singular personaje hace su primera aparición rodeada del halo apostólico para ir cediendo y convertirse en la del político oportunista y megalómano. Villaseñor lo responsabiliza de haber cedido la CTM a los “cinco lobitos”, de contribuir de manera vehemente y decidida a la candidatura de Ávila Camacho y, al final, de haber frustrado ese buen proyecto que fue el PP. Si algún lombardista quisiera contradecir a Villaseñor se vería en trance difícil.

En suma, de esa larga y abundante lectura conviene dejar asentadas algunas ideas: la primera es que en las *Memorias* se puede ver la fotografía, el perfil, la actitud de un *marxista de los años treinta*. Admirador casi por igual de Roosevelt que de Stalin; convencido de sus ideas hasta lindar en el dogmatismo; honesto, ingenuo y moralista por añadidura. Todo ello desemboca en un definitivo anacronismo. Villaseñor alcanzó la “altura de sus tiempos” en la época de los frentes populares. En segundo lugar, Villaseñor retrata la buena conciencia que en México han tenido siempre los hombres de izquierda. El declarar a los cuatro vientos que uno es de los “buenos” es un síntoma que todos los “revolucionarios” mexicanos comparten. El proestatismo decidido de Villaseñor es también otra constante curiosa: su entrada a las empresas estatales nunca le pareció un servicio a la burocracia estatal sino un último bastión en el cual lucharía por sus ideales.

Con todo lo anacrónicamente que parezca y sea, la psicología del izquierdista mexicano, que tan claramente refleja Villaseñor, no ha sido superada por las generaciones que lo siguieron y que han actuado incluso con mayor cinismo y menos honestidad.

Una cosa hay que agradecerle: en México, donde todos los que han estado cerca del *sancta sanctorum* jamás publican lo que ven ni relatan sus memorias, el hecho de que un hombre se tome la molestia de escribir 1100 páginas para narrar su vida pública ganaría mucho si algunos de nuestros “pro hombres” e intelectuales hicieran lo mismo. Pero los vencen los compromisos y algo peor: la flojera.

*La utopía cardenista*³

“Un rayo en el azul”, “Los principios y los fines” y “Una utopía mexicana” son los nombres de las tres partes que integran el nuevo libro de Adolfo Gilly, el cual responde con creces a la caracterización de trabajo de investigación. Las tres partes integran un total de veinte capítulos, incluyendo un epílogo, pero dejando fuera la necesaria introducción. Si hubieran foliado el índice, tendría 502 páginas. A propósito de índices, ¿hasta cuándo los editores mexicanos harán suya la costumbre de presentar sus productos, sobre todo los que derivan de investigaciones, con un índice analítico? Ojalá que la globalización los haga conscientes de esa saludable práctica.

Pero, volvamos a Gilly. Podría caracterizar esta nueva realización de su esfuerzo inquisitivo y de su pluma, como la continuación natural de *La revolución interrumpida*, ya que la utopía cardenista es el logro de esa revolución cuyo proceso fue alterado.

El libro tiene como eje temporal al año de 1938 y, como es obvio al hacer mención de este año, a la expropiación petrolera. De hecho, comienza con ella, con la manera como fue tomada la decisión de efectuarla y se describen con amplitud los pasos dados para su realización, y las consecuencias que acarreó la nacionalización del petróleo. Dicho eje temporal tiene su pasado y su proyección al futuro: es historia y es utopía, o también, historia y mito.

En cuanto a la investigación llevada a cabo por Gilly, es importante observar algunas características. En primer lugar, no vacilo en calificarla de exhaustiva. La bibliografía da cuenta y razón de un repertorio detallado de cuanto se ha escrito no sólo sobre la época del general Cárdenas, sino sobre aspectos más amplios de la Revolución, incluyendo tesis inéditas. Y en cuanto a las fuentes primarias, se obtuvieron materiales del ramo *Presidentes* (hoy Galería), fondo *Lázaro Cárdenas*, del AGN, el importantísimo fondo *Francisco J. Múgica*, del archivo de Jiquilpan, y el *Calles-Torreblanca*, por lo que respecta a México; por lo que toca al extranjero, fueron cuatro los archivos consultados: los Nacionales, donde se vieron los papeles del Departamento de Estado y los de la inteligencia militar, la Biblioteca del Congreso, donde fueron examinados los papeles de Josephus Daniels, la Biblioteca de la Universidad de Columbia, que conserva los papeles del historiador Frank Tannembaum y, por último, la Biblioteca Franklin Delano Roosevelt,

³ Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994, 499 p.

donde están los documentos del propio presidente demócrata y los de Henry Morgenthau, personaje que estuvo a punto de ser embajador de su país en el nuestro en 1920. Complementan a los archivos, quince periódicos, trece mexicanos y dos de Estados Unidos. Si me detengo en todo esto es porque de todos los repositorios mencionados Gilly no sólo extrajo materiales, sino que generosamente los transcribe a lo largo del estudio, dejando hablar a los actores de la historia como lo hicieron cuando los hechos fueron producidos. Hay citas largas insertas en el texto y amplias referencias al pie de página. Se puede decir que es un rasgo estilístico intencional de Gilly en esta obra.

Con respecto precisamente al estilo, vale la pena abundar en él, porque es otro de los muy interesantes logros que se pueden advertir en *El cardenismo, una utopía mexicana*. Al principio, Gilly hace una mención admirativa de su celeberrimo paisano Julio Cortázar. Tampoco es gratuita. Podría decir sin temor de incurrir en un elogio desmedido a Gilly, que le tributó un homenaje muy logrado al autor de *Rayuela*. El homenaje tiene que ver, también como es obvio si se menciona a Cortázar, con el orden narrativo. El libro puede ser leído siguiendo el orden propuesto por el autor: partir de la expropiación, “el rayo en el azul”, y después hacer un *flash back* para retomar el artículo 27 y el sentido de las luchas agrarias, ir y venir en el tiempo y el espacio, para desembocar en un *flash ahead*, que implica un recuento de los acontecimientos. Es, pues, un libro para todo tipo de lectores, para aquellos disciplinados que atienden lo establecido por el autor y para quienes se sienten atraídos por la anarquía o al menos por la indisciplina. Para éstos, la obra de Gilly es un artificio literario que permite leer en desorden. No se atrevió a colocar una tabla como sí lo hizo Cortázar en su obra maestra, pero en la dedicatoria que puso en mi ejemplar hay una clave interesante. Aparte de otras cosas que no vienen al caso, pero que desde luego agradezco, dice Gilly: “este libro escrito como se mueven los caballos de ajedrez”. Y si así está escrito, así puede ser leído. La mención inicial a las tres partes es muy intencionada. Podría proponer al impaciente que quiere saber qué es esa utopía mexicana que ofrece el cardenismo, comenzar en la página 295, o de plano en la 391, justo en el último capítulo. Aunque esto, sólo para los muy impacientes. Los que no lo son tanto, en la citada en primer lugar, que es la inicial del capítulo 17. En cambio, para quienes sean más amigos de una exposición lineal, que atienda las exigencias del desenvolvimiento temporal, deben comenzar en la página 179 y avanzar hasta el final de la segunda parte, luego regresar a la primera y concluir con la tercera. Podría haber más armazones posibles, combinando capítulos,

para ver ese movimiento de caballo de ajedrez, que no de alfil ni de torre, que efectivamente tiene el libro.

Es posible que para aquellos a quienes lo que interesa es el contenido del libro, esta digresión sobre la forma resulte demasiado larga. Lamento que mis intereses actuales, que tienen muchísimo que ver con la composición historiográfica desesperen a quienes les da lo mismo cómo se las ingenia un autor para ordenar su producto. Pero debo advertir que contenido y forma no son elementos separados del discurso historiográfico, sino que, antes bien, su relación es absolutamente simbiótica. Y si he abusado al mencionar el orden narrativo es para desterrar cualquier posible idea de que el libro sea caótico. Nada de eso. Todo lo contrario.

Sin apartarme de la forma, voy un poco al contenido. Los actores del libro son los generales Cárdenas y Múgica. Conviene destacar el tratamiento de sus figuras. Gilly los ve humanos, demasiado humanos, pero no por ello proclives a las debilidades; quiero decir con esto que no los despega de la tierra ni eleva su estatura de manera descomunal, pero sí la eleva. En eso consiste el que sean figuras demasiado humanas, en contraposición a lo poco humano que son otros, los que fallan, los que ostentan su pusilanimidad. Cárdenas y Múgica no. Su humanidad consiste en la respuesta que dieron desde el poder a sus semejantes, en la manera en que condujeron la nave estatal. En la interpretación que hace Gilly de esos “dos generales en las Huastecas” —así se titula un capítulo, porque de ahí bebieron una gran experiencia— queda claro que la inmersión que tuvieron en la realidad de la Revolución, tanto en la actuante como en la interrumpida, los llevó a proponer lo que para ellos, para Gilly, y por lo menos para este lector, fue la recuperación revolucionaria desde el gobierno. De ahí la conformación de la utopía.

En términos de teoría literaria, es importante apreciar la medida de los protagonistas de una obra. Por ello la insistencia en la estatura de Múgica y Cárdenas, más elevada que la del común, pero más elevada en términos de una escritura de fines del siglo XX, hecha con medida, para no caer en la estatuaria, pero con la dosis necesaria para establecerlos como forjadores de utopías. No es por superioridad, porque tanto ellos como Gilly parten de la creencia en la igualdad de los seres humanos, se trata de calidades, de virtudes, en el sentido más clásico posible de esta palabra. Así es visto también uno de los ídolos de Gilly, con cuyo asesinato concluye el libro. Sí, me refiero al gran revolucionario ruso caído en Coyoacán. Su fin en México permite a Gilly explayar sus ideas sobre la solidaridad humana expresada en el



derecho de asilo, frente a la necesidad dogmática de una izquierda que fue muchas veces rebasada por los dos generales, gracias a su inmersión en los factores endógenos que ellos supieron aquilatar, en contraposición con quienes actuaban por consigna.

En suma, el libro se refiere a una acción nacional y nacionalista, sustentada en experiencias regionales y de profundas consecuencias internacionales. El peso de lo internacional es muy grande. El seguimiento de actores y de documentos del exterior es casi obsesivo, por la necesidad que plantea la manera como el momento involucraba a todo el mundo. Es un libro sobre una utopía mexicana creada dentro de la historia mundial

El caballo de ajedrez se mueve en esos ámbitos, avanzando y retrocediendo, devorando piezas y evitando que lo devoren.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS